

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES MARTIN RICO



Martín Rico es un artista,
pero artista de verdad;
¡como que en la actualidad
es el mejor paisajista!

Lit. de Prado, Desaguado, 14 y Carbon, S. Madrid

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Petición de novia, por José Estremera.—En un cuerno, por Eduardo de Palacio.—LAS VIRGENES LOCAS. Continuación del capítulo VI, por Clarín.—Por lo flamenco, por Sinesio Delgado.—¡No es bastantel, por C. Felices Andújar.—Epigramas, por E. Pico.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Martín Rico.—Actualidades.—A rey muerto..., por Cilla.



El gazpacho se ha puesto de moda y lo comen hoy las personas aristocráticas con verdadero deleite.

Hasta ahora habíamos mirado con menosprecio esa especie de enjuagatorio, pero desde que sabemos que se sirve en los dorados salones, es tal nuestra veneración, que en cuanto vemos un tomate, ya nos estamos quitando el sombrero.

Todas las chicas mal alimentadas que apelaban al gazpacho como recurso, á fin de engañar el estómago fingiendo que comían, han conquistado sin saberlo la nota de elegantes.

Tiene la ventaja este plato distinguido de que sale por una friolera: Con unos cuantos mendrugos, algo de aceite y vinagre, un pimiento, un tomate, una *mijita* de cebolla y toda el agua del botijo, puede cualquier familia modesta colocarse á la altura de los títulos de Castilla, en punto á manjares.

Hasta los peones de albañil resultan personas de viso y gomosos indiscutibles, por la marcada predilección que sienten hacia el gazpacho.

Miren VV. por qué casualidad se ha puesto de moda D.^a Aquilina, mi antigua pupilera, que hacía el gazpacho en un barreño y se lo comía con el cucharón de la sopa.

—Yo sin esto, no puedo vivir—me decía,—y lo mismo era mi Paco, que esté en la gloria. Todo su afán consistía en el gazpacho y escribirle cartas á Espartero, hasta que un día ¡tras! se murió.

—¿De comer gazpacho?

—No señor; de una equivocación. Yo iba á teñir una manteleta con palo de campeche y había puesto el tinte al sereno, en una cazuela: llegó Paco á oscuras y creyendo que era el gazpacho, se bebió todo el tinte, tragándose las astillas...

—¡Pobrecillo!

—Desde entonces ya no volvió á levantar cabeza, y todo lo que escupía era campeche puro; tanto, que cuando tenía que escribir una carta no hacía más que mojar la pluma en las ventanas de la nariz y sacaba tinta.

* * *

Hoy priva todo lo andaluz.

Los personajes políticos son, en la mayoría, andaluces puros; los toreros, ni que decir tiene; las señoritas, en cuanto poseen un poquito de voz y algo de oído, se dedican al flamenco, que es una bendición; y hemos introducido hasta en la oratoria las frases de la tierra de María Santísima.

La mejor recomendación de nuestra sociedad es un marcado acento andaluz.

—¿De dónde es V., joven?—pregunta á un recién presentado cualquier señora de esas que dan reuniones.

—Verasté—contesta él.—Yo soy de Seviya.

La admiración se pinta en todos los semblantes.

—¡Qué graciosos son todos ustedes!—replica la señora con entusiasmo mal reprimido.

—Una mijita na más—dice él con orgullo.

—¿Y V. canta flamenco?

—Yo me canto y me bailo, y doy la hora, y me peleo con er gayo.

—¡Olé que sí, y viva tu marel!—gritan á coro otros jó-

venes tertulianos, que cultivan el género andaluz por pura afición.

—Entonces va V. á oír cantar á mi niña—dice la señora.—Anda, Filo, canta el jaleo de Seviya.

Y sale la niña, que parece un limpia tubos, y rompe á cantar por todo lo *jondo*:

¡Aaaaay! Maresita de mi arma,
er día que te dejé.

¡Aaaaay!

El que no esté en antecedentes cree, con seguridad, que á la niña le duele el vientre, pero no es eso; es que para cantar en andaluz hay necesidad de fingir que se tiene *reortijones* ó síntomas de próximo alumbramiento.

El andaluz se cree obligado á interrumpir á la *cantaora* con un «¡olé, viva mi tierra!» y á la mamá se le cae la baba, porque ya le han dicho más de cuatro personas que lo que debe hacer es dedicar á Filo á la zarzuela ó llevarsela á Sagasta, á ver si la pensiona.

Hay muchas chicas que poseen pianos más ó menos sonoros y se dedican al canto andaluz. Como en este tiempo de calor dejan abiertas las ventanas, no cesa uno de oír *jiptos* y ayes lastimeros, que infunden espanto en los ánimos.

No es lo peor que canten las señoritas; lo peor es que también cantan algunos vecinos. Tengo yo uno, empleado en clases pasivas, que toca la guitarra y está aprendiendo las *peteneras* desde Julio del año 82. Todas las mañanas, antes de saltar del lecho, oigo al empleado que dice á voz en cuello, mientras se limpia las botas:

«¡Ay, pobresito de mí!...»

Y voy á ver si me libro de él, aunque tenga que apelar al crimen.

Yo á ese hombre lo mato cualquier noche de estas.

* * *

Vayan VV. á ver *La gran vía*, de Felipe Pérez.

No es que él tenga una vía; me refiero á su última obra, estrenada hace pocas noches en el Teatro Felipe con éxito extraordinario. Toda la prensa ha hecho de ella elogios merecidos, por la novedad de los chistes, la belleza de la forma y lo animado del conjunto.

Chueca y Valverde han escrito una música como ellos saben. Bussato y Bonardi han pintado unas decoraciones como acostumbra, y Ruiz y Mesejo hacen cuanto pueden, que es hacer mucho.

En fin, que la obra resulta muy bonita.

No tengo más que decir.

LUIS TABOADA.

PETICIÓN DE NOVIA

—¿El señor don Blas Sarmiento?
—Servidor.

—Muy señor mío.

Yo soy Nicanor del Río...

—Pero, tome usted asiento.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Aquí, aquí.

—Lo mismo da.

—Más cómodo es el sofá.

—Con el permiso de usted.

.....

—¡Qué calor! ¿Eh?

—Sí señor.

—Esto no puede ser sano.

—Ya se sabe, en el verano

suele hacer siempre calor.

.....

—A mí el calor me amedrenta.

—Sí, y á mí también. Estoy...

—Se me figura que hoy

no escapamos sin tormenta.

—Sí, sí señor, es verdad.

Hoy reina viento Sudeste.

—Sí señor, por fuerza. Si este

calor es de tempestad.

—¡Ya, ya, se siente un sofocol...

Y á mí el calor no me prueba.

—Es conveniente que llueva
á ver si refresca un poco.

.....

—Pues yo le venía á hablar...

Yo pensaba dar un paso...

—Usted dirá.

—Si es el caso

que no sé cómo empezar.

Pero, en fin, me explicaré,

porque ya abreviar conviene.

Señor don Blas, usted tiene

una hija.

—Sí, ya lo sé.

—Pues yo la quiero de veras,

que es un ángel de bondad.

—¿Usted sabe ya su edad?

—Sí, veintiseis primaveras.

No ví su fe de bautismo

ni otro documento; pero

en seis años que la quiero

me ha dicho siempre lo mismo.

—Sí señor, es consecuente;

—Yo he tenido proporciones;

mas para mis aficiones

Luisa es la más conveniente.

Yo necesito mujer,

la conozco, y siempre ha sido

mejor malo conocido

que bueno por conocer.

—La hace usted mucho favor.
—No señor, justicia.
—Temo,
al llegar á tal extremo,
ofenderle.
—No señor;
usted dirá.
—Yo quisiera,
y usted dispense, saber
si usted puede mantener
á su dulce compañera.
¿Usted tiene rentas?
—Nada.
—Entonces...
—Mas le prevengo

que no soy un vago; tengo
una profesión honrada.
—¿Qué es usted?
—Inventor.
—¿De qué?
—No, de nada todavía;
mas sabe Dios lo que el día
de mañana inventaré.
—Pues, amigo, por ahora,
ya que usted es inventor,
me parece lo mejor
que se invente una señora.
JOSÉ ESTREMERÁ.

EN UN CUERNO

Carta que un hombre formal
y muy buen aficionado
á la fiesta nacional,
escribe, desesperado,
al país en general:

«Yo tengo sangre torera,
soy casi casi un torero,
aunque de la parte afuera,
entusiasta verdadero
y abonado á una barrera.

La primera ocupación
fué los toros para mí;
no he faltado á una función.
Yo ví á Redondo, yo ví
á Curro y á Juan León.

Y traté al señor Manuel,
á Cayetano, á Julián...
Me dejó chato un *burel*
en Alcázar de San Juan,
por hombrearme con él.

No he faltado á una corrida
ni por nadie ni por nada;
ya he dejado á mi salida
á mi suegra accidentada
y á mi mujer conmovida.

Ni desgracia ni razón
hubo jamás que me hiciera
faltar á mi obligación;
es decir, á mi barrera
con vistas al callejón.

Pues, ¿dónde hay felicidad,
dónde hay un gusto mayor
que el de trabar amistad
con el primer matador,
vamos, con la autoridad?

Yo pasé un mes y otro mes
en corrida, en tentadero,
con los toreros después;
nada, ví de torero,
ó si se quiere, de res.

Pero ya estoy... cornalón,

no paro en casa en mi vida,
y me pienso, con razón,
que es, tanta y tanta corrida,
una *dexageración*.

Me acuesto y no estoy tranquilo,
me duermo y ya estoy soñando
con el ruedo, y sudo el quilo;
es claro, si estoy picando
ó haciendo un quite á Cirilo.

Las almohadas destrozadas
hallo otra vez, y deploro
que no gano para almohadas;
es que sueño que soy toro
y las destrozo á cornadas.

Anteayer en el cogote
dí á mi señora un porrazo;
me aplicó... no sé qué mote,
porque la alcanzó el *hachazo*,
es un decir, el *derrote*.

Otras veces sin *canguelo*
aunque con mala fortuna,
entró al volapié y... ¡al pelo!
por acostarme en la cuna,
suelo acostarme... en el suelo.

O á descordar decidido
con el índice apuntando...
me despierta un alarido;
es que estoy descabellando
á mi mujer un oído.

Si á esto se llama vivir,
que venga Dios y lo vea;
yo no me puedo sufrir;
todo, todo me torea,
hasta al comer y al dormir.

Salgo de los cuernos harto,
y están las vecinas juntas
diciendo cuando yo parto:
—Allá va el loco de puntas
que vive en el piso cuarto.»

Por el loco,

EDUARDO DE PALACIO.

LAS VIRGENES LOGAS (1)

CAPITULO SEXTO

Un paraíso sin manzanas

(Continuación)

Habló Elena de la locura de su hermana, que estaba enamorada de Jesús y le veía en místicas apariciones, gracias á la industria de bien sabía ella quién; y al decir esto, miró á su padre sonriendo.—Este es mi padre—dijo,—y le tendió una mano cariñosa, mientras apoyaba la otra familiarmente sobre el hombro de Octavio.

—Mi padre nos adora. Mi pobre Carmela debía estar en un manicomio; pero nosotros nos hubiéramos muerto de pena viéndola marchar, y mi padre se ha industrializado de modo que el mundo ignora que vivimos, y Carmela ignora dónde está el mundo. Sus accesos se convierten en arrebatos inofensivos de místico fervor, gracias á mi padre. Yo la cuido y la mimo y la hago creer que esta casa griega, que mi padre hizo así por cumplir un capricho mío, es un convento. Y un convento viene á ser en rigor, porque yo, Elena, soy una encarnación de la Venus Urania, del amor ideal...

Octavio, al oír esto, se puso en pie por un movimiento instintivo. Tuvo miedo el cobarde á la Venus Urania que hasta en-

tonces había hablado con tanto seso, y sintió de repente apagados todos los fuegos que aquel contacto de la hermosísima hembra había encendido en él.

Elena también se levantó y siguió diciendo:

—¿Tú has leído á Hégel?

—Sí... algo...—balbuceó Ortega...—He leído *La Lógica*, traducida por Fabié.

—¡Puff! ¡Fabié!—exclamó Elena.—Pues bien; Hégel dice que todo lo real es racional, y yo entiendo que todo lo ideal llega á ser real. No hay belleza soñada por filósofo ó poeta que no llegue á ser realidad algún día. Por eso los profetas aciertan. Lo que el profeta anuncia se realiza, no porque estuviera escrito, sino por la fuerza plasmante de la imaginación del profeta. Pero, siéntate á mi lado, y entenderás mejor.

Ortega obedeció. Ahora las rodillas redondas y excitantes de Venus Urania tocaban con las rodillas del novelista, que perdió otra vez el miedo, y volvió á sentir, con menor fuerza que antes, un calor que le abrasaba las entrañas con delicia inquieta.

—El amor—prosiguió aquella Hipatia de las Vistillas—tuvo su expresión ideal más grande y noble en la creación mitológica de Venus Urania; el amor casto y razonado; el amor lógico, puro y ennoblecido por la idea, el que cantó Platón en sus divinos diálogos; el que Sócrates ensalzaba en el *Banquete*, lo representa Venus Urania. Pero Venus era un sueño de la fantasía griega; y como todo rostro bello, grande, debe realizarse un día... después de siglos y siglos nació yo, que viví muchos años ignorando esta mi segunda naturaleza, llamándome Elena (Cristina era su nombre de pila, pero ella se había olvidado del santo de su nombre), hasta que un día... día horriblemente solemne, se me reveló mi condición de diosa; yo era, sin saberlo hasta entonces, la Venus Urania...

Octavio sudaba. Otra vez sintió la aprensión extraña de notar que la locura le entraba por los poros y le hinchaba las meninges en el acalorado cerebro.

—Mi pobre padre—prosiguió Cristina, ó Elena, ó Venus—ignoraba también quién era yo. Habíame educado en el más puro idealismo, eso sí, y mi educación, como la de mi hermana, era armónica y de una castidad inmaculada; nuestro cuerpo, como nuestra alma, habían recibido todo el impulso exterior necesario para criarse fuerte y hermoso; el baño, la gimnasia, la equitación, la higiene general más sabia y perfecta presidieron á nuestro desarrollo, mientras el espíritu se amamantaba con la más saludable enseñanza armónica y omnilateral, como mi padre decía. Pero yo era Venus, y esto era lo que ignoraba mi padre; Venus la casta; Venus la del amor puro, intachable; Venus la ideal, el *Logos* del Amor. Un día se acercó á mí un hombre, un bárbaro; yo leí en sus ojos lo que Gala Plindia debió de leer en los de Ataulfo, si es que se casó con él por amor; el contraste de su fiereza me inspiró una pasión alta, sublime; quise hacerle mío, es decir, convertirle de aquel amor feroz que se adivinaba en su mirada, al amor noble y santo, al que no necesita no sé qué íntimos contactos asquerosos que conmigo son imposibles. ¡Imposibles!

Y al decir esto se puso en pie, con majestuosa compostura, la cabeza erguida, la mirada centelleante... Era la imagen de la castidad furiosa...

—Tranquízate, Elena—dijo D. Salustio apoyando una mano en el hombro de su hermosa Cristina, más bella cuanto más loca.

Octavio volvió á tener miedo. ¿Qué papel representaba él allí? ¿Cuál había sido el propósito de Durante al hacerle entrar en aquel secreto de su vida doméstica?

Elena no quería tranquilizarse. Los recuerdos la habían exaltado. D. Salustio logró, á fuerza de halagos y reflexiones tomadas á la filosofía platónica, que Venus Urania sabía al dedillo, reducirla á recogerse en su *cubiculum*, y él la acompañó, dándole el brazo. Octavio, á cada momento más asustado, cuando se quedó solo tuvo más miedo. Ahora temía que por la puerta del jardín entrase la otra, la monja, á romperle un hueso, en nombre del idealismo cristiano, de la castidad religiosa. Por si acaso, cogió por un asa una de aquellas ánforas que servían de premio en las fiestas Panateneas, decidido á usarle él como arma ofensiva en un caso de apuro.

Volvió D. Salustio y explicó á su amigo en breves palabras lo que Octavio aún no había podido comprender. Ello era que aquellas hijas, educadas en una perfecta sabiduría y en una perfecta ignorancia de las relaciones del sexo, criadas sin maceraciones, ayunos ni demás detrimentos del cuerpo, en ejercicios corporales de la más pura higiene, entre ejemplos y costumbres de un irreprochable idealismo armónico, en que al alma se le debe todo lo que pide su pureza y al cuerpo todo lo que reclama su desarrollo natural... aquellas hijas queridas se habían vuelto locas. La locura de Carmela había precedido en un año á la de Cristina. Carmela se había decidido, por la libertad de

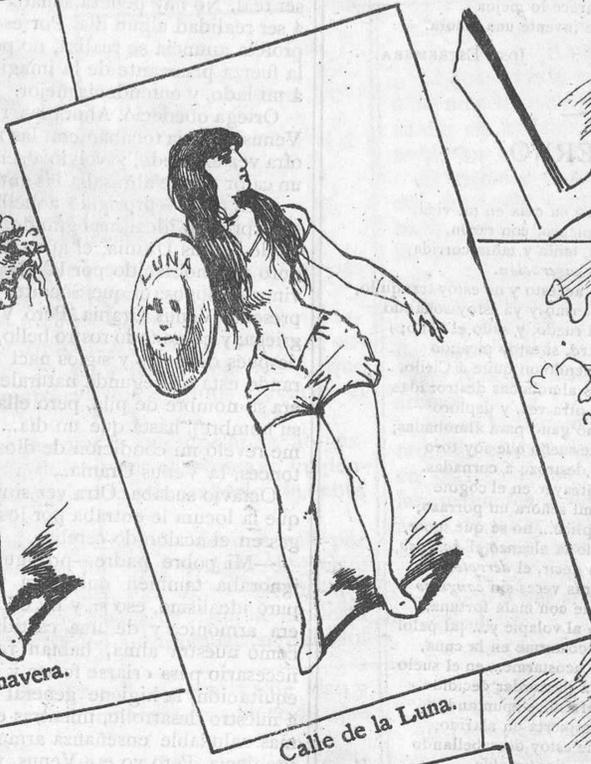
(1) Véase el núm. 176.

ACTUALIDADES

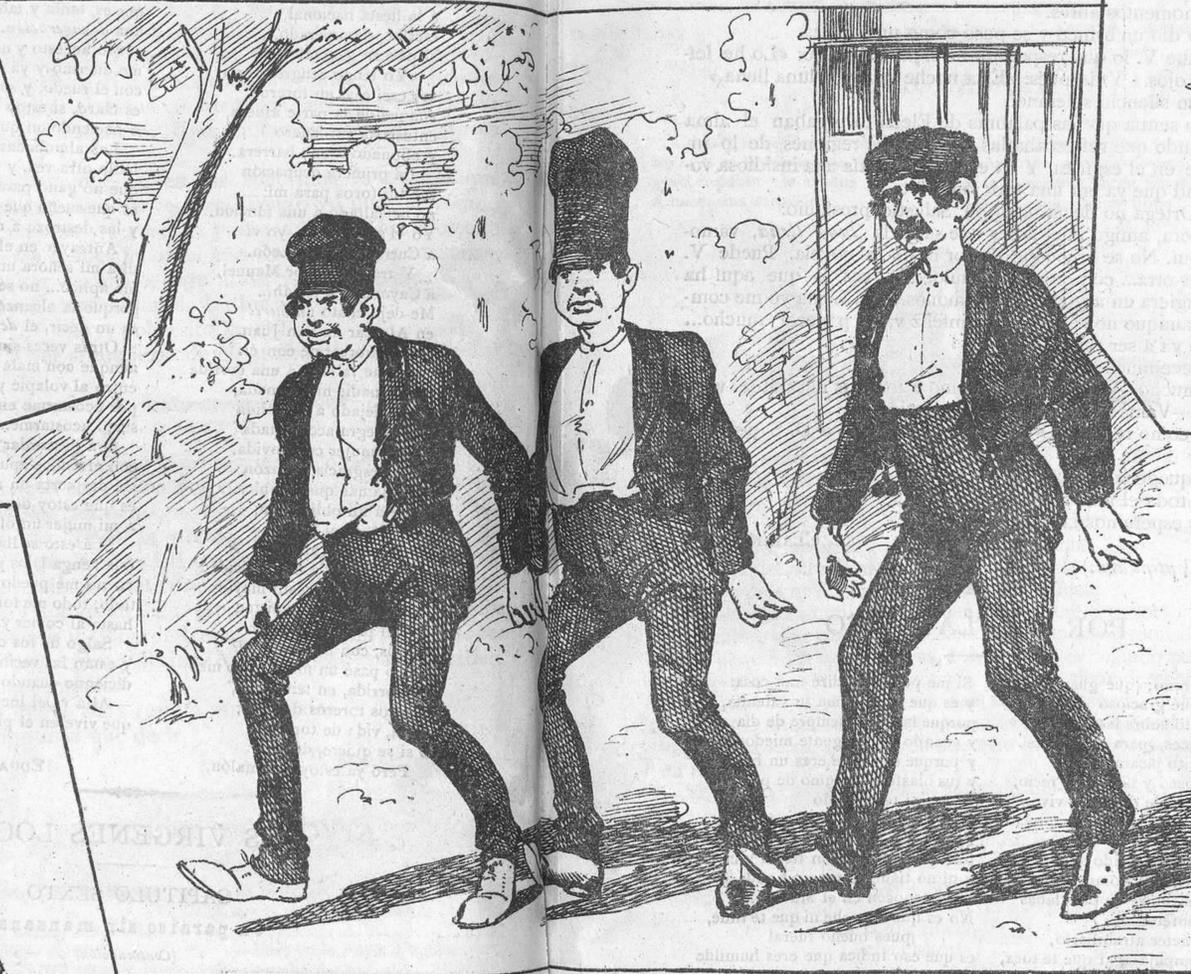
LA GRAN VÍA



Calle de la Primavera.



Calle de la Luna.



Calle de la Paloma.



Calle de la Libertad.



Pobre
chica
que tiene que servir!



Calle de Sevilla.



Calle Ancha.

...y el Rata primero.
Y yo el segundo.
Y yo el tercero.
...Nuestra fe de bautismo
tiene el cura
del Saladero.



Calle del Tesoro.



Barrio del Pacífico.



Calle del Ave Maria.

ideas que su padre las dejaba á las dos, por los libros del misticismo cristiano, y había ofrecido, desde los quince años, su pureza á Jesús. Había estado algunos meses en un convento, bien apesar de D. Salustio, y las madres se la habían devuelto en aquel estado... loca. Su exaltación no tenía límites; se empeñaba en tener apariciones palpables del Esposo Místico, y como la alucinación no se presentaba, el furor de la desgraciada era espantoso. D. Salustio al fin había discurrendo una estratagemata. Merced á ella, Carmela se calmaba y además se conseguía que fuera obediente, y entre acceso y acceso no diera motivo para ningún cuidado. Humilde, suave, el mandato de Jesús era su ley, y le esperaba como una enamorada aguarda el día de una cita. Aquellas apariciones de Jesús, que se repetían de mes en mes próximamente, convertían en un sér inofensivo á la que, sin ellas, era peor que una fiera hircana.

—Pero, amigo—proseguía D. Salustio, suspirando,— el caso de Cristina es diferente... y mucho más difícil de resolver. Elena, como ella se llama, soñadora, espiritual, jamás manifestó deseos de entrar en un convento, y su castidad y la pureza de sus ideas, eran no menos admirables que las de su hermana, pero creía que el amor puede ser humano sin dejar de ser puro. Admitió las relaciones que le propuso un bizarro capitán de caballería, que escribía poemas filosóficos, pero que era, por lo demás, muy guapo mozo, sanguíneo, valiente, de una salud como un roble. Evaristo, que así se llama, Evaristo Quiñones, no tuvo inconveniente en dar á sus amores con mi hija todo el vuelo ideal que ella deseaba. Se quisieron como Dante y Beatriz, todo lo que se quiera; pero el chico, como es natural, esperaba desquitarse de tanta idealidad en contrayendo justas nupcias; no sabíamos ni él ni yo la que nos esperaba. Se casaron... fueron á viajar... y á los ocho días, el capitán de caballería me entregaba á Cristina, diciendo que estaba loca, que le había querido matar más de cien veces porque él exigía... lo que era natural y justo que exigiese una vez marido legítimo. No hubo divorcio, ni anulación del matrimonio, ni cosa por el estilo. Pero Evaristo no pudo resistir la presencia de su mujer, que no quería ser suya, y además, Cristina llegó á aborrecerle de modo que, aún sin exigir él nada, se enfurecía en su presencia. Marchó Quiñones de esta casa; se fué á servir lejos de Madrid, y me advirtió que él seguía siendo el esposo de su esposa; que si ella volvía á la razón suya era... porque ya que, irracionalmente, yo me oponía á llevarla á un manicomio, él, apesar de su valor acreditado, no lo tenía suficiente para vivir en mi casa, y se iba para no ser un día, ó más probablemente una noche, víctima del furor de castidad de su media naranja. Y esta es la situación, Octavio. Yo no he querido jamás separarme de mis hijas, locas tal vez por culpa de mi psicología introspectiva y de mi sistema de educación armónica. La salud en su cuerpo, animado por tanto idealismo, se ha convertido en un veneno. Pero yo no quiero renunciar á su hermosa salud ni á su pureza. En un manicomio... yo no sé lo que sería de ellas... Su locura, además, no es tal que merezca el manicomio; sobre todo, allí no sabrían tratarlas como yo... Tal vez... en fin... yo lo he sacrificado todo á ellas, y aquí vivo ocultando al mundo todo esto, dándome ante la sociedad como un viudo sin descendencia.

Pero vuelvo á Elena. La naturaleza en ella no deja de cumplir sus leyes, como V. comprende. Si Carmela se contenta con el amor de Jesús, y sus apariciones inocentes (ya sabrá V. quién es el Jesús de mi hija), Elena suspira constantemente por el amor humano. Pero hay dos gravísimos inconvenientes: ella sólo quiere el amor ideal, lo que se llama vulgarmente amor platónico, amor de deliquio, en que el contacto de los sexos no pase de las corrientes de las miradas y del apretón de manos á lo sumo. Sí, Elena se complace en estos preliminares de amor carnal... y los busca... y... lo que es peor, se exalta por su ausencia. Los accesos son terribles... pero ¿qué hacer? Ella aborrece al único hombre que tiene derecho á su amor; su presencia la hace llegar al paroxismo de la cólera, porque sospecha siempre que Evaristo quiere reclamar lo que en justicia le pertenece. Además, Quiñones no se presta á nuevos ensayos. Jura y perjura que su naturaleza de capitán de caballería, aunque sea de capitán poeta, no le consiente quedarse á media miel en el amor, y que aparte de que su mujer acabaría por ahogarle un día, los esfuerzos que él hiciera para consentir en verla y hablarla... y nada más, le quitarían al cabo la salud. En fin, que no quiere volver por casa. Y repito que sería perjudicial su presencia. ¿Qué hacer, vuelvo á decir, amigo Ortega?

Octavio quiso leer en el silencio y en la mirada de D. Salustio una súplica y una proposición atrevidísima.

—Hace meses—prosiguió el editor—que mi hija me atormenta exigiéndome... un esposo digno de Venus Urania. Quiere un esposo que con ella platique en el jardín á la luz de la luna sobre las ideas, y se mire en sus ojos para ver en ellos el arquetipo de la Idea Una... ¿Dónde encuentro yo ese hombre?

—Como no sea en alguna novela de Octavio Feuillet...—se atrevió á decir Ortega ruborizándose.

El pensamiento de que se pudiera desear que él fuese aquel esposo de mentirigillas, le horrorizaba... y al mismo tiempo le sabía á una voluptuosidad exquisita. ¡Qué sabrosísima obra de caridad se podía hacer! Sí, pero... ¿y el peligro de morir á manos de una loca? ¿Y las dificultades, tal vez la imposibilidad de contener los impulsos de la carne en el punto *platónico*? Y suponiendo que Elena se diese á partido y al fin sucumbiese al amor real, ¿no era aquel amor una felonía? ¿Podía él engañar así á una inocente loca y á un amigo como D. Salustio?... ¿Pero qué estaba pensando, si tal proposición, ni se le había hecho, ni don Salustio soñaría con ella siquiera?...

Vaya si soñaba. Mientras Octavio pensaba así, Durante le observaba. Y al fin dijo:

—¿A que no sabe V. lo que acabo de ofrecer á Elena para hacerla acostarse y callar? La he ofrecido que esta noche quedará desposada con el hombre ideal capaz de comprenderla. La he dicho que este hombre era el extranjero que había hablado con ella momentos antes.

Octavio dió un brinco y se puso como una cereza.

—¿Y sabe V. lo que respondió mi hija? Pues dijo: «Lo he leído en sus ojos.» Y después: «Esta noche saldrá la luna llena.»

Hubo un silencio solemne.

Octavio sentía que las palabras de Elena le regaban el alma con un fluido que refrescaba las más hondas regiones de lo inconsciente en el espíritu. Y en el cuerpo sentía una insidiosa voluptuosidad que ya era una traición cierta.

Como Ortega no decía nada, D. Salustio prosiguió:

—Y ahora, amigo mío, antes que salga la *luna llena*, vámonos de aquí. No se preocupe V. por lo de la novela. Puede V. emprender otra... con el mismo título. Tal vez lo que aquí ha visto le sugiera un argumento. Vámonos. Con Elena yo me comprometo... aunque no sé cómo. La infeliz va á padecer mucho... Su acceso va á ser terrible...

—¿Padece mucho... cuando...

—Sí, mucho.—Una lágrima asomó á los ojos del pobre viejo nervioso.—Vámonos, vámonos—prosiguió.

Pálido como la cera, Octavio tendió la mano á D. Salustio, y exclamó:

—No; quedémonos. ¿Se fia V. de mí?

—Con toda el alma.

—Pues esperemos la *luna llena*.

CLARÍN.

(Continuará.)

POR LO FLAMENCO

Olé, moreno; ¡qué guapo vienes
y qué gracioso
con el pelito sobre las sienes!
Si no lo luces, ¿para qué tienes
un cuerpecito jacarandoso?
Mirando fosco y hablando recio,
prueba palpable de genio vivo,
tratas al mundo con un desprecio
provocativo.
Y estás terrible cuando te enfadas...
¡Válgame Cristo! ¿cómo te pones
hablando siempre de puñaladas
y bofetones!
Con tu carácter atrabiliario,
al que te empuja, ó al que te toca,
le cae encima como una roca
tu canallesco vocabulario,
y te diriges á tu contrario
echando pestes por esa boca.
¡Claro! En seguida viene la gente,
el otro tiembla, vase corrido,
y tú te quedas como un valiente
metiendo ruido.
Por eso tratas con malos modos
á los varones y á las mujeres:
¡como que vamos viviendo todos
porque tú quieres!

Si me permites, diré una cosa:
y es que me escama tu valentía,
porque la luces siempre de día
y cuando hueles gente miedosa,
y porque creo que eres un bolo
y tus blasfemias humo de paja
si te ves solo
frente á la punta de una navaja.
Porque has pasado toda tu vida
pidiendo bronca con tierra y cielo,
y tú no tienes ninguna herida
ni te conocen en el Modelo.
No es que te tache ni que te tilde,
¡pues bueno fuera!
es que eso indica que eres humilde
como cualquiera.
Sé de una chica que está enterada
de tu bravura,
que te despide cuando la agrada
y que te suelta cada guantada
que te destroza la dentadura.
Y sin embargo, ¡qué gracia tienes
haciendo el oso
con las *persianas* sobre las sienes
y el cuerpecito jacarandoso!

SINESIO DELGADO.

¡NO ES BASTANTE!

Voy á declararla, Elisa,
el por qué ya no la veo,
ni voy á buscarla á misa,
ni á paseo.

Desde que yo soy su amante
todo el día se me pasa
dando vueltas por delante

de su casa;
y aun con eso,
ni un beso ¡quién lo diría!
he alcanzado todavía;
esto no es ningún exceso,
pues un beso
le da cualquiera hoy en día.

Yo considero y acato
el recato en la mujer
si es sentido y verdadero,
mas tantísimo recato,
Elisa, no puede ser;
ni lo aguanto ni lo quiero.
No lo aguanto, por lo pronto,
porque no me gusta estar
en la calle como un tonto,
y pasar y más pasar
para arriba y para abajo...
y luego, dígame usted,
¿para qué tanto trabajo,
para qué?
Para nada;
para al fin de todo esto
alcanzar una mirada,
desde el balcón por supuesto,
ó una graciosa sonrisa
carifiosa, enamorada,
remitida á toda prisa,

de pasada;
mas ¡ay! bellísima Elisa,
á mí no me importan nada
la sonrisa y la mirada.
Por lo tanto
hoy dejo de ser su amante,
pues este amor *ambulante*
quita la paciencia á un santo,
y cuando yo no lo aguanto
no hay ninguno que lo aguan te.
Este amor, insuficiente
es para mí, por lo pronto,
y le diré, finalmente,
que no quiero amar... en tonto,
francamente.
.....
Mas ya que este amor *tronó*,
¿á que no me envía usted
la cadena y el reló
que hace días le mandé?
¿á que no?
C. FELICES ANDÚJAR.

EPIGRAMAS

Quando te expones al público
no sé si tú te expondrás,
pero el público se expone
á hacer una atrocidad.

Dos zapateros idiotas,
hambrientos, sucios y rotos,
por la *Commune* hacen votos...
¡Más les valiera hacer botas!
E. PICO.



Algunos apreciables corresponsales han dado en la flor de devolver las letras que giramos contra ellos bajo pretexto de que tienen papel sobrante, ó la cuenta está equivocada ú otra fruslería por el estilo, cuando lo más breve es pagar y avisar para que se deshaga el error en la liquidación siguiente.

Porque del otro modo en dimes y diretes se nos va el tiempo, que vale más que el dinero, y al fin tan amigos.

Como esta Administración tiene tanto crédito como la que más, puesto que cumple inmediatamente sus compromisos y paga en el acto las letras de sus corresponsales dejando para después el arreglo de equivocaciones, creo que tiene derecho á que no anden con ella en tiquis miquis sin importancia.

Y desde ahora suspenderá el paquete al corresponsal que devuelva una letra, suponiendo que esto indica deseo de no seguir en la lista.

Verán VV. como así nos evitamos triquiñuelas.

En Felipe hay que ver *La gran vía*
que va cada día
saliendo mejor.

¡Con qué gracia y con qué picardía
la canta Lucía,
Lucía Pastor!

Como VV. verán, en este número se publica la continuación del capítulo VI de LAS VIRGENES LOCAS. No concluye aquí, por falta de espacio. *Clarín* ha trabajado de firme, sin calcular bien las cuartillas, y se necesitan tres números para insertar su artículo.

Eso debemos agradecerle VV. y yo.

Libros recibidos:

El Sr. D. Roque F. Izaguirre ha empezado á publicar una serie de folletos de críticas escénicas. El primero de la colección se refiere á *Rafael Calvo*, y es un estudio del método de declamación del eminente actor. No hemos de meternos ahora en si el Sr. Izaguirre tiene ó no razón en su crítica. Lo mejor es que VV. lean el libro.

Guindas garrafales se titula el tomo IX de la Biblioteca festiva, que con extraordinaria aceptación viene publicando nuestro compañero D. Francisco Arechavala, con la colaboración de distinguidos escritores. No vacilamos en asegurar que este tomo obtendrá el mismo éxito que los anteriores.

—¿Pueden VV. hacerme, á la medida, media docena de camisas de hilo?

—Sí, señor; no hay inconveniente.

—Bueno; yo quiero además que borden VV. en seda mi nombre y apellidos. Copien VV. esa tarjeta: «D. Fulauo de Tal y Tal, caballero gran cruz de Isabel la Católica.»

—Vamos, se pondrán las iniciales.

—No, señor; todo.

—Entonces le costará á V. el bordado cuatro ó cinco veces más que las camisas.

—Tiene V. razón. Pero se puede remediar fácilmente.

—¿Cómo?

—Poniendo eso en la primera camisa.

—¿Y en las restantes nada?

—Sí, señor: «ídem, ídem, ídem.»



Surcando los mares
te vas y me dejas
¡y fuimos dos años
amigos de veras!
La amistad ¡ilusos!
juzgamos eterna
y aquí nos separa
la suerte perversa.
Acaso en recuerdo
tres duros te llevas
que ayer me pediste
llorando, ¿te acuerdas?
Muy lejos te marchas
y acaso no vuelvas...
Bueno; ¡pero envía
las quince pesetas!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. H.—Madrid.—Tiene V. razón; es demasiada sencillez. Se ve la falta de práctica.

Cualquier suscriptor.—Mil gracias por sus bombos y por su interés. Pero, dígame V.: ¿No puede dirigir perfectamente un bazar de ropas hechas una persona que no sepa hacer un mal dobladillo?

Sr. D. M. B.—Valencia.—Nos vemos en la absoluta imposibilidad de admitir artículos.

Piculini.—Muchas incorrecciones, poco *chic*... total: V. dispense.

Sr. D. G. C.—Madrid.—No parece la composición á que V. alude.

Sr. D. R. C.—Madrid.—Se equivoca V. de medio á medio. No hay animadversión. ¿De dónde saca V. esas locuras? La prueba es que con pseudónimo ó sin él, admito unas y desecho otras.

Sr. D. R. M.—Valencia.—No vale gran cosa. Créame V.

Sra. D.^a E. F.—Cádiz.—Muy bonita composición. Ya me figuraba yo que V. no era hembra... Las huelo, hijo.

Camilo.—Esas cosas no sirven, don Camilo, descanse usted tranquilo.

Sr. D. J. M.—Morón.—Hecha la suscripción. Insisto en que no todos los versos tienen ocho sílabas. Ejemplo:

«Des-de el-dí-a en-que-pu-de-ver.»

«Los-dia-blos-del-in-fier-no.»

Uno largo y otro corto; porque así es como se pronuncian.

Además, los cantares son flojitos.

A. Guarda.—La carta está bien, los sonetos mal; ¡y empeñado en hacer sonetos! ¡Así es el mundo!

Sr. D. G. S.—Cartagena.—Recibida. Y conste que se le aprecia.

Sr. D. C. del V.—Madrid.—No me gusta mucho; de veras.

El más pequeño de los infantes de Lara.—¡Hombre! eso ha pasado de moda, á Dios gracias, porque es una tontería.

El de la otra vez.—Venga la firma.

Sr. D. S. L.—Roa.—¡Si viera V. qué mal anda eso de la agricultura y qué falta la está V. haciendo!

Juan sin tinta.—Y sin gracia para tomar el pelo á nadie, que es lo más lastimoso.

Sr. D. S. y R.—Madrid.—Si á Magdalena le parece buena, no soy de la opinión de Magdalena.

Sr. D. R. L.—Madrid.—Pero, ¿V. cree que esas cosas se pueden escribir en letras de molde?

Perro Paco.—Puede que eso lo diga V. en serio, pero resulta broma. Y pesadita.

Sra. D.^a M. R.—Madrid.—Ni V. es hembra, ni el soneto es de la índole del periódico.

Sr. D. J. F.—Madrid.—No digamos que está muy mal, pero tampoco digamos que es aprovechable.

Sr. D. R. P. C.—Madrid.—¡Pero si eso es completamente serio!

Chaparreta.—Una es forzada y tiene poca gracia. La otra es atrevidilla de verdad.

Sr. D. A. G.—Valladolid.—En este momento no puedo decirle con seguridad si entró ó no en turno. Esta de ahora no.

María.—Es un poco vulgar, señora mía.

Trabuco.—Pero, ¿qué diablos de belén están VV. armando?

MADRID COMICO A REY MUERTO...



—¡Pues no viene dándose tonol ¡A mí con esas! Mejores las habrá este año en San Sebastián.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO